

A collection of stylized illustrations of books and tablets scattered across a teal background. The books are shown in various orientations, some open and some closed, with different colored covers (red, black, maroon, blue, green). Two tablets are also depicted, one with a white screen and one with a black screen. The style is clean and modern, with a focus on the shapes and colors of the books and devices.

Joaquín
Rodríguez

PARAÍSO

o de la felicidad
en las bibliotecas



TUSQUETS
EDITORES

Joaquín Rodríguez
PARAÍSO
o de la felicidad en las bibliotecas

1.ª edición: abril de 2025

© Joaquín Rodríguez, 2025

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-611-1
Depósito legal: B. 3.994-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Introducción a una teoría del paraíso.....	13
Paraíso	21
Richard Nixon sitúa el paraíso del conocimiento en Alejandría, 31; Johannes Trithemius o las llaves del paraíso, 46; Antonio Magliabechi o el reposo en el paraíso, 62; Charles-Maurice Talleyrand o la creación del paraíso terrenal, 76; William Lovett o el paraíso cartista de las salas de lectura, 90; Andrew Carnegie o la recuperación del paraíso perdido, 105	
La expulsión del paraíso.....	119
Paraíso para unos pocos, 126; Reformas en el paraíso, 141	
La reconquista del paraíso	165
El paraíso empieza en la escuela, 174; Paraísos virtuales, 188; Bibliomaker o la fábrica del paraíso, 205; El paraíso entre barrotes, 216; Acariciando un fragmento de Paraíso, 230	
Agradecimientos	247
Apéndices	
Bibliografía	251
Notas	285

Paraíso

Cuando Alejandro Magno planificó la construcción de la ciudad epónima, la ciudad que nunca llegaría a ver, quizás llegara a discutir con su maestro Aristóteles sobre la posibilidad de trasladar los libros del filósofo al edificio que se consagraría a biblioteca. Esta es, claro, una suposición incontrastable y, seguramente, estrafalaria, pero es una de las muchas hipótesis que rodean a la idea mítica de la gran biblioteca de la Antigüedad, con permiso de las bibliotecas asirias y sumerias. Lo cierto, sin embargo, es que, como tantas cosas en nuestras vidas, la leyenda suplanta a la realidad, porque casi siempre preferimos inventar una verdad a la altura de nuestras aspiraciones que indagar en los hechos históricos, a menudo más deslustrados y deslucidos. No es que aquella biblioteca no existiera; tampoco que no fuera un foco de cultura en el que las sucesivas dinastías ptolomeicas acopiaran todo el conocimiento que fuera posible para sustentar su poder, reunieran a los sabios más conspicuos de su época para dar brillo y lustre a su propia estirpe. Existió, sin duda alguna, aunque tampoco sepamos a ciencia cierta por qué sucumbió, por qué desapareció, si por la pura dejadez de las inercias históricas, si por algún incendio que pretendía evitar la conquista o la retirada por mar de las tropas enemigas, o si por esa modalidad de fanatismo religioso

que hace de la intransigencia la razón para prescindir del legado y la memoria de los que no son iguales ni comulgan con el mismo credo. Cuanto más grande es el poder y más se exhibe y se expone, más probabilidades tiene de generar el recelo suficiente como para desear su desaparición y, con ello, el de todo su legado. De hecho, si conocemos algo de la herencia clásica es gracias, sobre todo, a las colecciones particulares que pasaron más desapercibidas, no a los repertorios que despertaron la envidia y el reconcomio de sus enemigos. Sea como fuere, la biblioteca, las dos bibliotecas que convivieron una junto a la otra, debió de ser un vergel en el que se cultivaban las lecturas y las conversaciones, el paseo filosófico y el diálogo esclarecedor, el descanso y la reflexión, un oasis en el que muy pocos podían penetrar, todo envuelto en la fragancia de las flores y en la exuberancia multicolor de la vegetación. Paraíso (del griego παράδεισος *parádeisos*, y este del avéstico *pairidaēza*, «cercado circular», aplicado a los jardines reales), no en vano, significa «jardín». La idea de un espacio apartado del mundo como una suerte de refugio docto debió de parecerse mucho a la de un edén para privilegiados. No cabe extrapolar, aunque lo hagamos, la idea contemporánea de una biblioteca abierta a la curiosidad pública, porque ni había público que quisiera consultarla ni, aunque lo hubiera habido, se lo habrían permitido.

Siglos después, a caballo entre el formato del códice y la explosión del libro impreso, de la copia a mano a la reproducción mecánica, un virtuoso abad equiparó las dichas del cielo con las delicias de su biblioteca e intentó convertir en regla de su monasterio la copia concienzuda, el estudio detenido y la lectura sosegada (siguiendo el ejemplo de su ascendiente Casiodoro), no siempre con la comprensión y el apoyo de sus monjes, aunque sí de las más célebres lumbreras de la época y de los monarcas y nobles que aspiraban a convertirle en un preceptor de la

corte. Johannes Trithemius gozaba en privado de los in-
decibles placeres del coleccionismo y la monomanía bi-
bliográfica, esa forma de apacible y cultivada locura, pero
comenzó a configurar una incipiente y reducida red de
corresponsales e interlocutores que compartían la fruición
libresca, como si un círculo del paraíso de Dante se hubie-
ra ampliado para dicha y contento de sus afines. «La for-
ma general del Paraíso / abarcaba mi vista enteramente, / sin
haberse fijado en parte alguna», puede leerse en el canto
XXXI del «Paraíso» de la *Comedia* de Dante Alighieri, un
verso con el que Trithemius hubiera descrito, seguramen-
te, su propia biblioteca, la más grande conocida en la Edad
Media, aquella a la que entregó buena parte del tiempo
y la ilusión de su vida, aquella por la que penó y padeció
cuando tuvo que separarse de ella. En todo caso, más allá
de los íntimos placeres y exaltaciones que Trithemius pu-
diera experimentar, tuvo siempre el prurito de compartir,
quizás porque todo feligrés de cualquier iglesia sea insepa-
rable del proselitismo, quizás porque no hay tesoro biblio-
gráfico cuyo valor no aumente cuando se comparte, o qui-
zás porque en los albores del Renacimiento y del auge de
la imprenta el conocimiento comenzaba a circular y par-
ticiparse de otra manera, y Trithemius no pudo abstraerse
de ese poderoso movimiento.

Antonio Magliabechi (1633-1714) es el patrón de todos
los bibliómanos, el hombre libro que tantos han imagi-
nado, la cabeza más poblada de referencias bibliográficas
y de conocimientos misceláneos (con permiso de Jakob
Mendel, el protagonista del famoso cuento de Stefan
Zweig) de la historia occidental, aquel del que muchas le-
yendas ubican su muerte entre los estantes de su bibliote-
ca, harapiento y sonriente, no porque fuera cierto, sino
porque uno quisiera pasar el resto de la eternidad entre
sus seres más queridos, en este caso los libros que reunió
y cuidó como si fueran la credencial con la que se accede
al Paraíso. Fue menos considerado oficialmente de lo que

hubiera debido y querido pero, a cambio, fue reconocido en todo el orbe bibliográfico como el mayor de los expertos, como la referencia inexcusable, como el depositario de todos los saberes. Trabajó al servicio de aquellos grandes nobles que atesoraban gigantescas bibliotecas como trasunto de su poder inmoderado, pero no se limitó a ser un buen lacayo: aquellas bibliotecas palaciegas no eran lugares accesibles para el pueblo lego y sin aspiraciones, pero Magliabechi contribuyó a la construcción de un incipiente campo internacional de expertos, una comunidad multilingüe de especialistas que, en su intercambio epistolar, en sus visitas recíprocas, en sus eruditos debates, contribuyeron a la creación de una sociedad científica cosmopolita que traspasaba los límites de sus bibliotecas. Magliabechi fue uno de esos colosos sobre cuyos hombros nos alzamos los diminutos devotos contemporáneos de las bibliotecas.

En la Revolución francesa muchos hombres pusieron su talento al servicio de la universalización de la educación y de los saberes, de los recursos y de las infraestructuras necesarias para que llegaran a los más desposeídos, ampliando de manera ingente el restringido círculo de las bibliotecas nobiliarias. No solamente se procedió a la confiscación y desamortización de las colecciones particulares de los nobles y de las bibliotecas de los monasterios como una condición necesaria para dotar a las bibliotecas populares, sino que se reclamó la instrucción pública como el instrumento imprescindible para la verdadera liberación de todos los seres humanos. Una y otra cosa, en la visión de aquellos hombres, iban de la mano: no podía haber libertad ni igualdad si el criterio de los menesterosos no se fortalecía y no se desprendía de las adherencias de la sumisión, y no podía pensarse ninguna forma de liberación sin el alimento intelectual necesario para que ese impulso prosperara. La apertura y dotación de las bibliotecas públicas, por muchos problemas que la gestión y

distribución de todos aquellos fondos requisados pudiera haber tenido, supuso un salto cualitativo fabuloso en la historia occidental. La mera disponibilidad de volúmenes escritos, sin embargo, resultaba insuficiente para el objetivo que se habían planteado los revolucionarios, porque intuían que el apetito por los libros y por la lectura no podía germinar sin que la mecha de la curiosidad fuera encendida por la educación. A esa tarea se entregaron muchos hombres admirables, tan osados en su tiempo que todavía hoy resultan asombrosos: solamente he elegido a uno, aunque hubiera podido incluir a unos cuantos más en la nómina de los valientes y los insólitos: Charles Maurice de Talleyrand reunió en su persona dimensiones difícilmente conciliables, porque fue sacerdote y obispo en época de sublevaciones, además de político, estadista y diplomático, no siempre en bandos compatibles, pero precisamente porque nunca dejó de ser un aristócrata sorprende aún más su convicción inamovible en el poder liberador de la educación, en la necesidad de que el pueblo fuera instruido para poder ejercer sus derechos civiles, en los libros y las bibliotecas como infraestructuras públicas repartidas por todo el territorio como crisoles de emancipación. No creo que Talleyrand fuera un mero tahúr que utilizara una deliberada estrategia de condescendencia para acercarse a los más infortunados mientras mantenía inamovible su posición social, gozando simultáneamente del beneficio simbólico de acercarse a los desventurados al tiempo que se preservan los privilegios de clase. Tuvo que haber algo genuino en su empeño, en el ahínco que muchos otros de sus contemporáneos, como Nicolas de Condorcet, mostraron por procurar una educación universal basada en valores cívicos y en recursos compartidos. Les debemos en buena medida nuestra concepción actual de la biblioteca pública como un espacio integrador, sustento de comunidades, abierto a cualquiera que lo demande y lo necesite. La socialización del paraíso.

Algo de lo más singular del siglo siguiente fue que la demanda formativa y la reclamación de los servicios necesarios para obtenerla partiera de los mismos que la necesitaban. En los siglos previos hubo un componente de avanzadilla revolucionaria ilustrada, que tampoco faltó en el XIX, pero ahora la exigencia y la avidez provenían de los mismos que se beneficiarían de la conquista. Es cierto que fue un período tumultuoso en el que las iniciativas de apertura de librerías, fundación de editoriales, diseño de colecciones y concepción de nuevos formatos se mezclaba con la demanda de una población obrera que estaba dispuesta a sacrificar una parte de su ínfimo salario en la adquisición de bibliotecas comunes y en la lectura solidaria en voz alta. Hubo quien se cuestionara la pertinencia de emprender una aventura empresarial de aquel calibre cuando el público receptor apenas parecía preparado para valorar la oferta, pero el éxito simultáneo de las distintas cabeceras de la prensa, de los folletos y libelos obreros, de las librerías que comerciaban con títulos comprometedores, de la conformación de círculos de lectura y debate, de la fundación de bibliotecas institucionales y, sobre todo, circulantes, que prestaban y alquilaban textos por pequeñas cantidades, habla de una explosión de aquel material inflamable que era la desigualdad y la discriminación. Los libros, las bibliotecas y la lectura, como pequeños oasis aflorando entre la masa gris indiscernible del humo y el hollín, fueron lugares de empoderamiento y socialización, de toma de conciencia y de aprendizaje, abiertos por fin a cualquiera que le urgiera.

William Lovett (1800-1877) fue un personaje extraordinario, aunque un fiel hombre de su época: líder del movimiento cartista, de las justas reivindicaciones obreras en pleno apogeo de la Revolución Industrial, fundador de asociaciones en las que se practicaba la lectura en común, promotor de librerías que fungían como despensas del pensamiento y la contestación política, alentador de la

creación de bibliotecas en todos los distritos como fraguas de la nueva ciudadanía. Todo giraba en aquel momento histórico en torno a la letra escrita como una pócima capaz de despertar del letargo a quienes habían sucumbido a la opresión de los poderosos, al desnivelado juego de la lucha de clases, que siempre se basa en el desequilibrio de las condiciones materiales y culturales sobre las que uno crece y se desarrolla.

Nunca antes aparentemente en toda la historia de la humanidad una institución pública o un agente privado hizo algo parecido a lo que fraguó Andrew Carnegie. Su historia es la historia de todo magnate norteamericano enriquecido de manera desaforada por la demanda siderúrgica de una economía en expansión. Pero su perfil no es igual al de otros magnates porque optó por el desprendimiento completo de sus bienes, en buena medida invertidos en la creación de la red de bibliotecas públicas más grande que se haya conocido. Cabe discutir si esa forma de paternalismo no era una forma encubierta de beneficencia que distaba mucho de lo idóneo, una forma de limosna filantrópica que suplantaba el papel que hubiera debido asumir el Estado. Pero lo cierto es que esa herencia, incluso en su concepción arquitectónica, se acerca a esa idea de *palacios para el pueblo* pero sin el pueblo que tanto opulentos capitalistas como dictadores autoritarios han erigido bajo sus respectivas égidas. Carnegie llegó a fundar hasta dos mil quinientas bibliotecas en un formidable esfuerzo económico, logístico y cultural, así que, más allá de la polémica que legítimamente pudiera suscitarse en torno a la conveniencia o inconveniencia de la iniciativa privada en el ámbito bibliotecario, lo cierto es que su titánica voluntad dotó a muchas comunidades con las instalaciones y los servicios que, de otra manera, difícilmente habrían llegado a tener.

Pero, llegados al siglo xx, y aun a pesar de esos colosales esfuerzos, de la osadía y el atrevimiento de hombres

que arriesgaron su vida por hacer llegar a los más desfavorecidos los equipamientos y los recursos que les salvaran de su condición, la verdad es que todo fue insuficiente. Quienes habían entrevisto las delicias del paraíso fueron expulsados de él.